

menos en intención, por su autor. Sabemos que Canal Feijóo viene cumpliendo esa tarea previa desde hace años (cfr. *Teoría de la Ciudad Argentina*, Bs. As. Sudamericana, 1951, *passim*). Lo que no sabemos es por qué nos ha negado las pruebas del cumplimiento de esa tarea previa, traducidas en citas y notas de remisión a la obra alberdiana (sin descuidar las de ediciones —pensamos en las de las Bases—) así como las de referencia a críticos y apologistas de aquella. Ha preferido transcribir todos los pasajes —ausente siempre la cita, la nota— que interesan a su exposición integral. Ha cumplido, eso sí, una clarificadora tarea de reordenamiento. Desafortunadamente no ha contestado las preguntas, a las que tanta importancia sabe hacer cobrar, con que gusta cerrar sus reordenamientos del texto alberdiano (ofr. págs. 522, 536, 567).

“... aspecto teórico”. Hilo rojo del ensayo, consiste en la paráfrasis, ligeramente crítica, de los pasajes transcriptos. Estos, arrancados ya a los prematuros **Ensayos Musicales** y hasta a la senil **República Consolidada**, son tan representativos de la obra alberdiana cuanto lo permite el transcribir y no citar. Advertimos que el autor cree que en el **Fragmento** podremos encontrar siempre, en germen, toda idea, toda obra posterior de Alberdi (cfr. 320, 322, 516, 564-5, 582-3).

“... aspecto histórico” — Confesamos que en el sentido propuesto en las páginas 50-51 no lo hemos advertido a lo largo de las muchas que las siguen. Quizá otros lo descubran en el enfrentamiento con Echeverría, en el paralelismo (convergente,) con Sarmiento, en el triángulo Alberdi, Urquiza-Mitre, Sarmiento.

“... aspecto biográfico” — Ex-

puesto, no desarrollado, en breves **Momentos**, que se nos antojan caprichosos cronológicamente, permanece ausente en el resto de la obra porque: “... la vida que quedaba con él (Alberdi), ... él la guardó en trasfondos de pudor autobiográfico que no es necesario violar en este ensayo”. (pág. 51).

“... en su inherente simultaneidad e imbricación” — Si lo expresado anteriormente vale, naturalmente “... en su inherente simultaneidad e imbricación” queda en simple enunciado. Una ojeada al desconcertante índice único que cierra el volumen ya lo hacía sospechar.

Lectores atentos de *Teoría de la Ciudad Argentina, de Confines de Occidente*, no admitimos que Canal Feijóo se rehuce no ya a enjuiciar, sino a explicar a Alberdi. Por ello, recibimos **Constitución y Revolución** como una presentación de materiales en elaboración. Y como una buena guía introductora al estudio de Alberdi si, en sucesivas ediciones —que, a no dudar, el libro alcanzará— el autor nos ofrece el aparato bibliográfico de que, insistimos, privó a la presente. Y finalmente, como el primero de los libros de Canal Feijóo sobre Alberdi, porque la denuncia y rechazo, que compartimos, de una crítica y una apología obliga a superarlas. Y ello no se consigue con el ejercicio en superficie de la primera, el que lleva, inevitablemente (cfr. págs. 246, 260, 690, 318, etc., etc.), a la segunda.

C. F. L.

**BEATRIZ GUIDO: La Casa del Angel**, Buenos Aires, Emecé, 1954.

Este título anodino esconde el premio literario Emecé de 1954. Premio a la novela. Cosa total-

mente incomprensible a nuestro parecer, porque tanto para premiar como para criticar una producción literaria de esta naturaleza es preciso ante todo que ésta exista. Hacemos la aclaración, aparente perogrullada, porque no nos atrevemos a llamar tal, pese a la extensión que tiene el moderno concepto de novela, a esta incoherente expresión de balbuceo psicológico, que la autora con grande, injustificado, casi diríamos infantil orgullo bautiza de este modo y que no presenta ninguna característica que le permita definirse como tal. Sólo podemos interpretar como gesto a manera de aliento hacia una escritora joven, el que se haya permitido denominar así a aquello que evidentemente nació como deshilachado diario íntimo de adolescente ligeramente freudiana, y que, publicado sin el agregado de metáforas, figuras retóricas y expresiones literarias más o menos aceptables que le darían jerarquía de novela según la autora, insistimos, hubiera tenido más aceptación como documento de innegable valor psicológico; no el pretendido de presentar y resolver hábilmente con sutileza de matices situaciones difíciles y tremendas, sino otro muy distinto.

En efecto, a través de estas páginas poco hilvanadas Ana Castro, la protagonista, cuenta su infancia transcurrida en la gran casona, en compañía de sus hermanas, los veraneos en una "paquetísima" quinta de viejos alrededores, sus emociones primeras con el cine mudo, todas pecaminosas, sus juegos compartidos e incomprensidos de niña prodigio, para llegar finalmente a un dramático e inesperado desenlace en la última página. Sin mucha relación con lo anterior, leemos que un día aparece el padre con un correligionario político,

quien debe batirse a duelo con otro señor por cuestiones que no interesan. El padre le ofrece su casa y su jardín para el encuentro. La madre se cpone. Todos sufren. El duelo se efectuará. Mientras llega la madrugada, hora clásica de duelistas, Aguirre espera. La protagonista fascinada por el perfil del hombre de honor va a llevarle con mentida excusa un escapulario. El la ve llegar en medio de la noche, ingenua con su camisón infantil. Y lo que sucede después, es el recuerdo trágico que los liga para siempre, después que ella comprueba que el muerto en el duelo no es su ofensor. En un almuerzo siempre en la casa del ángel, es donde el dramatismo de este absurdo culmina y donde empiezan y acaban los recuerdos terribles que dan lugar a la impresión de la "novela".

Este inconexo relato con su insistente descripción de un ambiente que se siente falso, que se ve no vivido, permite observar la táctica afirmación de elegancia de la autora, objetivo principalísimo de esta publicación, en esas idas a misa a las Victorias seguidas de desayunos en la París, transportándose después en su coche hasta la casa del ángel, situada por supuesto en Belgrano. El tal ángel es una estatua (horrorosa, a juzgar por la cubierta), que distingue esta casa de las demás y da lugar a su denominación. ¿Habrá quizás pensado la autora en escudos? El ángel aunque más curso es menos evidente. Esperemos que todo le sea concedido algún día, para que deje de sublimar sus ambiciones con tantas faltas contra el buen gusto.

Este relato, pues, fuera de un cierto valor en algunas escenas que por muy vividas están bien descriptas, de algunas observaciones justas a lo largo de sus casi doscientas páginas, carece en abso-

luto de verdadero valor literario y sobre todo de esa unidad de principio medio y fin que es característica primera de una novela digna de tal nombre.

La morbosidad del tema, su falso tono sexual, relatado con gran tono de misterio expresamente empleado para substituir la calidad inexistente, se prestarían para una buena obra intrascendente, de haber sido narrada con talento. Las imitaciones siempre dejan huecos y claros: "¿Y en el medio? En el medio hay que poner talento. "De haber sido así, hubiese podido aspirar quizás a un más valioso segundo premio, el reservado a los verdaderos valores.

Hemos leído en el número de la revista "Esto Es" correspondiente a la semana del 19 al 25 de julio de este año, que María Alicia Domínguez, desde las alturas de su paraíso justicialista y en posesión de un trascendental mensaje destinado a la juventud argentina, según afirma en el mismo artículo, no vaciló en declarar que esta producción es una de las mejores novelas argentinas de los últimos años y que su autora es el valor más representativo de la generación joven. Sin comentarios.

En resumen: Beatriz Guido como novelista, cuenta con amigos en todos los ambientes.

J. G.

**DAVID VIÑAS: Cayó sobre su rostro**, Buenos Aires, Editorial Doble P, 1955.

Recortado en su rotunda circunstancia, el protagonista de esta primera novela de Viñas va recorriendo su último día —en los capítulos titulados "El día del juicio"—, atravesando a ráfagas por la memoria de su vida transcurrida los capítulos titulados "Los

años". El lenguaje total de la novela acierta, en su estilo ceñido y directo, a redoblar el peso macizo del protagonista, su carencia absoluta de dimensiones éticas, su fuerza caudillesca e inescrupulosa que disminuye a quienes lo rodean y va creando a su alrededor una soledad salvaje en donde él explaya sin reservas su dominio prepotente.

Si Viñas aleja todo propósito de juicio expreso de este carácter, su impacto se acusa en el entrecruce de reacciones que Antonio Vera va creando en quienes lo conocen y lo sufren: aquí, nos parece, se resume en densas y muy diestras pinceladas la complejidad de la malicia criolla, la intrincada e inconsciente doblez que consiente en la obsecuencia y la humillación calculando simultánea y rápidamente, con absoluta independencia, los dividendos posibles de la revancha futura. Así las mujeres, en sus procesos infalibles de concesiones y aprovechamientos subsiguientes, así Corti, el periodista que especula indistintamente con la muerte de Vera, la política, su catolicismo, su mujer, sus tímidos esquemas éticos, laterales, miserables, absurdos.

Viñas escribe energicamente una novela de personajes preñados de sordidez, que al fin va amasando un aire enrarecido de intereses chatos: politiquería rastrera, sexo animalizado, plata. Capítulos como los que describen el remate, reflejan una rara garra dramática, una despiadada tensión ajustada en un crescendo implacable y muy bien logrado.

Salvadas las distancias, nos recuerda a Faulkner la alianza del sistema de pantallazos retrospectivos (y las enmarañadas estructuras y puntuaciones correspondientes, productos de una técnica refle-